

Gloria Chicote y Miguel Dalmaroni (eds.), *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880-1930)*

Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2008, 334 páginas.¹

Casi sin dudas podemos afirmarlo: hasta hace unos diez años los estudios de literatura argentina, en la Argentina, estaban orientados por unos pocos libros que ya tienen el estatuto de clásicos y, en consecuencia, por tres o cuatro perspectivas críticas que propiciaban una cierta construcción de los corpus de lectura y una cierta detección de cuestiones o problemáticas culturales. Sin dudas, también, podríamos decir que esos libros, más allá del momento en que se dieron a conocer entre mediados de los años 50 y finales de los 80, fueron *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *El género gauchesco: un tratado sobre la patria* de Josefina Ludmer, *Buenos Aires: una modernidad periférica* de Beatriz Sarlo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* de Adolfo Prieto, junto con varios artículos de los años 70 de Noé Jitrik y sus abordajes de Lugones y Quiroga. Esos libros condensaban modos de leer, ofrecían matrices o fórmulas de lectura y, en algunos casos, construían nuevos objetos (los escritores en relación con la clase, el género en relación con la política, la ciudad en relación con las ideologías literarias). Esas perspectivas, que se movían entre el historicismo, el textualismo y la crítica cultural, organizaban el campo de los estudios literarios, sus diálogos e intercambios, sus enfrentamientos, todo eso tanto en intervenciones públicas como en la academia (si hubiera que buscar la fecha más reciente, 1988 sería el año culminante para esta configuración del campo de la crítica argentina, cuando se publicaron los libros de Ludmer, Sarlo y Adolfo Prieto).

El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880-1930), la compilación de artículos editada por Gloria Chicote y Miguel Dalmaroni, ambos profesores en la Universidad Nacional de La Plata, que acaba de publicar la editorial Beatriz Viterbo, muestra rápidamente que el estado de la crítica que acabo de describir ha cambiado por completo. A lo largo de la mayoría de los artículos, que abarcan desde la relación de la literatura con la oralidad hasta diferentes problemáticas de géneros y autores (la poesía, el realismo en la narrativa y las diversas inflexiones del ensayo), *El vendaval de lo nuevo* no sólo pone en el pasado ese estado de la crítica sino que supone su transformación total en los últimos años. Quiero decir: *El vendaval de lo nuevo* puede leerse como una suerte de balance del estado de la crítica contemporánea en la Argentina.

El artículo de Dalmaroni que integra el volumen, a propósito de algunas relecturas de Leopoldo Lugones, no puede ser más iluminador en ese sentido. Allí Dalmaroni discute ciertos presupuestos que han sido bandera de una “política de la crítica”, como el concepto de *ciudad letrada* (acuñado por Ángel Rama y últimamente retomado con nostalgia por Jean Franco en su *Decline and Fall of the Lettered City*); toma una distancia *contemporánea* de las posiciones canónicas (como las de Viñas y Jitrik sobre Lugones cuando leen en el escritor la construcción de un *mito*); cuestiona la tendencia a subsumir a los escritores y, sobre todo, a su producción literaria, en la figura de intelectual. A la vez, Dalmaroni recupera nociones como *gusto* (sin necesariamente adherir a ellas) y juega productivamente con la idea de *ahistoricidad* (en lo que hay que leer como contrapunto del énfasis en la contextualización). El fin del ciclo de la ciudad letrada vendría a ser, además de un diagnóstico cultural que abarca la intervención de los escritores en su papel de intelectuales tanto como las utopías de la crítica latinoamericanista, una oportunidad para pensar de nuevo algunas cuestiones que —recreo libremente a Dalmaroni— *sobran* respecto de las articulaciones subjetivas, intelectuales, culturales e ideológicas disponibles. Allí precisamente entra el diálogo y la discusión con los contemporáneos, en particular con Mónica Bernabé y su lectura de la poesía de Lugones para la *Historia crítica de la literatura argentina* que dirige Noé Jitrik, y con Martín Prieto y su propia *Historia de la literatura argentina* (menciones que permiten atisbar una amplia red que involucra la escritura de las nuevas historias de la literatura). Pero si el balance que lleva adelante Dalmaroni resulta posible (le resulta posible), no es simplemente porque eligió un cierto tema u objeto para escribir un artículo que se incluye en una compilación que él mismo contribuye a organizar. Lo es, fundamentalmente, porque hay en él una voz particular, que es la voz crítica que Dalmaroni supo construir en los años recientes con sus sucesivas intervenciones, en la formación de equipos de trabajos y a través de sus libros (me refiero a *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina (1960-*

¹ El texto de Alejandra Laera fue leído como presentación del libro editado por Gloria Chicote y Miguel Dalmaroni, en Espacio Prometeo, Buenos Aires, 7 de agosto de 2008.

2002) y, sobre todo, a *Una república de las letras: Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, que abarca casi el mismo período que este volumen).

Diría, en suma, que la renovación del repertorio crítico y la construcción de nuevos objetos (de los cuales el proceso modernizador que va de 1880 a 1930, con sus archivos, ha sido de los más privilegiados), junto con la construcción de una posición diferenciada y una voz propia, son las marcas de la crítica contemporánea.

Pero si la elección de Leopoldo Lugones parece inmejorable para la operación de Dalmaroni y para que pueda leerse como un balance de la crítica en el que Lugones parece, si no una excusa, una oportunidad, basta leer el artículo de Sandra Contreras sobre Horacio Quiroga. Allí, Contreras confronta la simple experiencia de leer en conjunto la obra de Quiroga con los juicios críticos más arraigados sobre el escritor, para llegar a una hipótesis que da vuelta el lugar común sobre el camino del Quiroga cuentista hacia el objetivismo, hacia la poética despojada de los cuentos del monte, relevando la persistente matriz sentimental de su narrativa. De este modo, además de renovar la lectura sobre el escritor, discute implícitamente la tendencia de la crítica a leer retrospectivamente, como si toda obra, texto, escritura, fuera preparación, anticipación, del proyecto verdadero del escritor, de su poética más personal y característica, e incluso de su ideología. En su artículo, Contreras también da, entonces, vuelta la página e inicia la discusión con los contemporáneos.

¿Por qué se ha producido ese cambio, esa transformación? Lo fundamental ha sido la modificación de las condiciones de producción y transmisión de conocimiento. Me refiero a la proliferación de becas de investigación, de subsidios individuales y grupales, de financiación de diversos tipos de proyectos. Me refiero también, como consecuencia, a la escritura y en algunos casos la publicación de tesis de doctorado, a la organización de jornadas de discusión, a la publicación de volúmenes colectivos que son producto del intercambio entre investigadores.

Para decirlo de otro modo y solo a modo de ejemplo: detrás de la lectura que de Horacio Quiroga hace Contreras no hay tanto una investigación incipiente o el resumen de una investigación previa, como un conjunto de preocupaciones y reflexiones que dieron lugar primero a su libro sobre César Aira y después a sus intervenciones en los debates recientes sobre narrativa argentina y realismo. Algo similar puede decirse del artículo de Ana Porrúa sobre la revista *Martín Fierro*: si Porrúa vuelve a *Martín Fierro* y si puede extraer conclusiones renovadoras de la vanguardia argentina, es por su trabajo persistente sobre poesía argentina, un trabajo que se ha podido seguir tanto en su libro sobre Leónidas Lamborghini, *Variaciones vanguardistas*, como en sus contribuciones periódicas para *Punto de vista* sobre poesía argentina contemporánea. Las relaciones entre lo residual y lo emergente, entre lo nuevo y lo tradicional, más el desfase entre el programa vanguardista y la biblioteca que despliega *Martín Fierro*, suponen una posición crítica y poética que son previas a la relectura de la revista. Sylvia Saítta, otra de las colaboradoras de este volumen, es un ejemplo pionero de los cambios del campo cultural en los últimos tiempos, y el artículo sobre Elías Castelnuovo en la Unión Soviética que presenta en esta oportunidad es parte de un extenso estudio sobre los viajeros de izquierda en la Argentina. De allí que Saítta enmarque este caso puntual en una tradición más amplia, que le permite la confrontación del relato de Castelnuovo con otros viajes y relatos, y de allí también que el análisis de la recepción de ese texto le permita articular productivamente los problemas literarios propios del relato de viajes con las problemáticas ideológicas del viaje de la izquierda intelectual.

Todo esto viene a demostrar cómo, a lo largo de los años 90, se inició ese proceso de transformación del campo de la crítica que decantó en los primeros años de la década actual y del cual ya se puede hacer el balance que, inesperadamente, *El vendaval de lo nuevo* propicia. En ese sentido, estamos en un momento en que ya no es necesario ir un paso más allá de los clásicos para entrar en diálogo con ellos y eventualmente discutirlos, sino revisar lo que se está produciendo actualmente como resultado de la investigación académica y lo que todavía falta por hacer. Un aspecto fundamental que aún queda pendiente está anunciado en el propio subtítulo: *Literatura y cultura en la Argentina entre España y América Latina*. La frase alerta sobre la necesaria transnacionalización de la crítica, pero no de manera simplista o a modo de requisito, sino como operación reveladora de zonas y problemas que el contexto nacional muchas veces impide ver o naturaliza.

En ese punto, el esfuerzo por pensar la cultura argentina en relación con América Latina resulta evidente en los artículos de Graciela Salto sobre los debates en torno a “los usos literarios de la lengua popular”; de Margarita Merbilhaá sobre las redes latinoamericanas en el fin de siglo a partir de Manuel Ugarte, y de Alejandra Mailhe sobre la identidad nacional en los ensayos de Gilberto Freyre, Fernando Ortiz y Martínez Estrada. En los tres artículos se observa una modalidad diferente, e igualmente productiva, de poner a la cultura argentina en dimensión latinoamericana, que no solo debe sostenerse respecto de los objetos de lectura, sino también proyectarse a los diálogos críticos, como lo viene

haciendo, por ejemplo, Mailhe en sus estudios sobre el ensayo en el Brasil. La otra dirección del gesto transnacional apunta hacia España. Aunque acotada en este caso a la figura de Baldomero Fernández Moreno y su relación con Antonio Machado, que exploran en sendos artículos Laura Scarano y Liliana Swiderski, la búsqueda de vínculos de la literatura argentina con la española es particularmente importante para el período que abarca el volumen. Al respecto, resulta elocuente la lectura de Laura Juárez al plantear que el viaje a España de Roberto Arlt modela una narrativa diferencial en su obra. Por último, una suerte de coda transnacional de la Argentina moderna despunta en el artículo sobre el fascismo que escribe Leticia Prislei a partir de la investigación con un archivo ítaloargentino en el que reaparecen, a veces inesperadamente reposicionados, muchos de los protagonistas de la época comprendida por *El vendaval de lo nuevo*. En definitiva: que este volumen abra con un artículo sobre políticas de la lengua en Buenos Aires y Bogotá, en el que el contrapunto le permite a Graciela Salto mostrar abiertamente la discusión sobre la diversidad o la homogeneización lingüística en América Latina, demuestra la necesidad de pensar la crítica más allá de las fronteras nacionales.

El otro aspecto pendiente de profundización asoma en *El vendaval de lo nuevo* en los artículos de Gloria Chicote y de Miguel García dedicados a la literatura popular, cuyas manifestaciones son ineludibles para estudiar la llamada Argentina moderna. Que ambos breguen por la necesidad de recuperar la instancia de la oralidad en la circulación de esa literatura estaría advirtiendo sobre una zona que los recientes trabajos con archivos de corte popular, que sobre todo atendieron a la relación entre circuitos populares y circuitos letrados, dejó de lado. Esa nueva demanda es posible precisamente porque la literatura popular —gracias a Adolfo Prieto y su estudio sobre el criollismo— se transformó en un campo renovado de interés en los últimos quince años. En ese punto, el artículo de Chicote muestra cómo un archivo (en este caso el de Lehmann-Nitsche) puede leerse desde una nueva perspectiva.

En líneas generales, *El vendaval de lo nuevo* da un panorama completo de la cultura y la literatura argentinas entre 1880 y 1930, ya sea tomando objetos puntuales u ofreciendo lecturas más completas (como el Quiroga de Contreras o la *Martín Fierro* de Porrúa, como esa especie de ensamblado de viaje, política y biografía cultural que arma tan bien Sylvia Safta en su artículo sobre Castelnuovo), o si no, recortando un problema y poniéndolo en dimensión latinoamericana (como hacen Salto con la lengua y Mailhe con la identidad nacional). *El vendaval de lo nuevo*, puede decirse, y para seguir con la idea de “balance”, muestra todo lo que puede hacerse todavía mientras dialoga, e incluso discute, con lo que ya se ha hecho.

Para terminar, quiero recuperar las condiciones de producción del volumen editado por Miguel Dalmaroni y Gloria Chicote: se trata del resultado de un proyecto colectivo de investigación formado por especialistas en literatura argentina, latinoamericana y española, que contó con un subsidio para su realización. Esto es: *El vendaval de lo nuevo* forma parte de esa misma transformación del estado de la crítica a la que me referí al comienzo. El fuerte estímulo dado en los últimos años a la investigación a través de becas y subsidios; la creciente y necesaria —aunque por momentos vertiginosa y desorientada— profesionalización del campo de la crítica; el mayor y más fácil acceso a agendas y bibliografías no nacionales, han dado por resultado, además de tesis y libros individuales, volúmenes colectivos que —como dicen Chicote y Dalmaroni en la introducción— proponen una “operación de múltiples enlaces posibles” (p. 19). De hecho, este volumen puede asociarse a otros con una génesis similar aunque con resultados muy diferentes, desde los tempranos *Lazos de familia* compilados por Ana Amado y Nora Domínguez, tan interdisciplinarios en su aproximación a cuestiones de género, hasta el imprescindible camino abierto por *Editores y políticas editoriales en Argentina* coordinado por José Luis de Diego.

Ahora bien: en ese punto en el cual *El vendaval de lo nuevo* puede leerse como un balance del estado de la crítica, también puede leerse como una promesa: la de los diferentes estudios, algunos completos, otros incipientes, anunciados en él. Su lectura hace esperar, por lo mismo, esos nuevos tiempos en los que, tras el intercambio, el diálogo y la discusión conjunta que tienden a propiciar las actuales políticas de investigación, retorne el ritmo individual del trabajo crítico que, así como hizo posible la solidez intelectual de muchos de los especialistas del volumen, permitirá elaborar esos nuevos argumentos que promete o reclama *El vendaval de lo nuevo*.

Alejandra Laera